

LA INTELIGENCIA COMO CAMPO DE ACCION DE LA PEDAGOGIA

Por: Servio Tulio Salazar Valencia /*

RESUMEN

Si la inteligencia se concibe como un conjunto de habilidades de pensamiento y de aprendizaje, utilizados para solucionar problemas tanto académicos como de la cotidianidad, constituye ésta un centro de especial interés para quienes hemos asumido la delicada tarea de intentar formar, y si es posible, transformar las conductas de las juventudes estudiosas de nuestro país. En el presente ensayo se critican algunos comportamientos de los docentes que, desconociendo que la inteligencia "es una extensión de algunas características biológicas fundamentales del ser" (Piaget), pretenden poseer una metodología única e irrefutable en su labor pedagógica. /**

Todos sentimos un reconfortante estímulo cuando nos dicen que somos inteligentes. De igual manera, cuando queremos halagar a alguien, además de mencionar su nombre, que parece ser lo más sonoro para cualquier ser humano, decimos que es una persona inteligente.

El término "inteligente" se ha vuelto muy común en todas las circunstancias y en todas las actividades del hombre, e incluso de los animales y de las cosas. Con frecuencia escuchamos que un empresario es inteligente, pero también se menciona que un jugador de fútbol es muy inteligente, como inteligente es una mascota, o un aula, por la habilidad intelectual o física, o por la capacidad para ejecutar actos parecidos a los de los humanos.

No obstante, por no tratarse de un proceso biológico como tal, no se dispone de una definición en la que coincidan los psicólogos ni los tratadistas de esta temática, porque el carácter multidimensional de la inteligencia dificulta una formulación que abarque todas sus manifestaciones.

Mientras que para Binet y Simón, "inteligencia es el proceso para tomar y mantener una dirección sin distraerse, adaptar medios afines y criticar sus propios esfuerzos por solucionar problemas", para Jean Piaget "es una extensión de algunas características biológicas fundamentales"; para Reuven Fuvstein "es un proceso dinámico, autorregulado, que responde a la intervención externa ambiental", y para Robert Sternberg consiste "en el conjunto de habilidades de pensamiento y de aprendizaje, que son utilizadas en la resolución de problemas académicos y cotidianos".

Seguramente otros autores tendrán su propia apreciación sobre lo que es la inteligencia, tomando como referencia las manifestaciones, pero no su propia naturaleza.

Los diccionarios de la lengua española definen la inteligencia como "la facultad de comprender, de conocer y de discernir", o como "la aptitud para relacionar las percepciones sensoriales o para abstraer y asociar conceptos".

Se trata entonces de un tema complejo por los diferentes enfoques y, consecuentemente, una fuente de controversia entre psicólogos. Sin embargo, se constituye en un centro de interés para los educadores, instituciones educativas, padres de familia, empresarios y para cada persona en particular.

No podría desde mi óptica de educador y de Contador Público, pretender abordar en este ensayo un estudio a profundidad de tan intrincado término, pero si me autorizo para hacer más reflexiones sobre el papel que puede jugar la pedagogía, en un esfuerzo por contribuir a crear un ambiente y unas condiciones propicias para el desarrollo de la inteligencia en los estudiantes.

Creo que el primer pecado que cometemos los educadores es el de pretender encontrar en los grupos de estudiantes unas inteligencias uniformes. Partimos equivocadamente del supuesto de que si los estudiantes han pasado por una educación preescolar, primaria y media, regida por programas similares, entonces debemos encontrar en la Universidad unos muchachos con equivalentes capacidades para pensar, aprehender conocimientos y actuar de manera uniforme. Nos olvidamos que hay factores externos muy disímiles entre los estudiantes de provincia y los de ciudad; que aún dentro de las ciudades hay condiciones diferentes entre unos colegios y otros; entre colegios privados y escuelas oficiales y que incluso, la calidad y el rendimiento de los docentes dentro de un mismo colegio presenta diferentes niveles de excelencia o de mediocridad.

Por otra parte, no todos los estudiantes tienen las mismas aptitudes para las matemáticas, las sociales, los idiomas, la filosofía o el arte en sus diferentes manifestaciones.

Un segundo pecado que se suele cometer es el de suponer que todos los cognoscentes aprovechan con la misma velocidad los estímulos externos que el docente utiliza en sus estrategias metodológicas. Nos olvidamos que algunos estudiantes procesan más lentamente la información, que la cotejación o comparación de los nuevos contenidos con las experiencias pasadas se convierte a veces en un cuello de botella para el análisis y el aprendizaje consciente. En el peor de los casos, el docente se orienta por los estudiantes más veloces en la aprehensión, dejando totalmente rezagadas a las mayorías. Igual circunstancia se aplica para la solución de exámenes, trabajos o talleres. La conocida teoría de que "el estudiante debe demorarse el doble del tiempo que ocuparía el profesor en la solución del cuestionario o del problema" debe reevaluarse, porque, entre otros factores psicológicos que rodean los exámenes, el profesor previamente sabe qué va a preguntar, cómo va a preguntar, qué nivel de

exigencia va a tener el cuestionario y a veces, que tipo de "zancadillas" subyacen en las preguntas, lo que es totalmente desconocido por los estudiantes.

Un tercer pecado, bastante generalizado entre los docentes, es pretender que los infantes, los niños o los adolescentes, piensen como los adultos. Según Piaget, "en el razonamiento infantil subyacen estructuras lógicas coherentes y distintas a las del adulto". En situaciones extremas se llega al caso en que los maestros se enfurecen cuando no obtienen de parte de los estudiantes respuestas tan estructuradas o profundas como las que él tiene en su mente, con el agravante de que llegan a calificar indiscriminadamente de brutos o tontos a cursos enteros, afectando el ego de sus educandos.

El maestro no debe perder de vista que "el estímulo no es tal hasta que el individuo actúa sobre él y se acomoda a él, al tiempo que lo asimila a sus conocimientos anteriores" (Piaget, constructivismo). Según García y Carretero (1985), "el sujeto, dentro de los cambios cualitativos que tiene con la edad, no es que sea capaz de resolver más ítems de una tarea, sino que puede abordarlos y solucionarlos de otra manera".

El profesor no puede olvidar que hace 5 o 10 años no pensaba igual que ahora, que él también fue adolescente y niño, y que seguramente tuvo en principio las mismas dificultades de aprendizaje que actualmente tienen sus estudiantes, y que lo mejor que esperaba de sus maestros era la comprensión, la orientación y la ayuda.

Resulta perverso, desde el punto de vista pedagógico, desconocer que muchos problemas tienen diferentes formas de solución y negarle al estudiante la posibilidad de utilizar métodos diferentes a los utilizados por el profesor.

No podemos desconocer que en ocasiones se presenta el fenómeno contrario: los estudiantes esperaban mucho más de su profesor en toda la materia, o en algunos temas de la misma, lo que suele definirse como "no llenar las expectativas", es decir, que las estructuras cognoscitivas anteriores, o previamente existentes en los sujetos, no lograron modificarse.

Considero que este es un fenómeno fácilmente palpable por el profesor consciente. El nivel de motivación que el docente logre despertar en sus estudiantes se refleja en el estado de ánimo de los dos actores, al igual que el grado de satisfacción que experimentan mutuamente al término del acto académico. Profesor que no experimente esa sensación al término de cada clase, está en el lugar equivocado y tiene que hacer un autoanálisis profundo de su función como educador.

Feuerstein concibe que "la condición básica del ser humano es su capacidad para cambiar". En este sentido, el maestro debe tener claro que durante su ejercicio docente está contribuyendo, a través de los conocimientos que imparte, como de la imagen que irradia, a transformar la conducta de sus educandos.

"El desarrollo cognoscitivo se produce como respuesta a una gama de estímulos que deben ser incorporados, acomodados y adaptados" (Feuernstein). He aquí unos de los papeles más relevantes del docente. Pero, para estimular es necesario que el propio maestro esté verdaderamente estimulado, interna y externamente, al próximo encuentro con sus estudiantes; que sienta que el tema a considerar en la clase tiene un contenido atractivo, interesante, novedoso y formativo; que haya planeado unas estrategias metodológicas que despierten el entusiasmo; que las ayudas educativas contribuyan a un aprendizaje consciente; que los ejercicios y talleres le den viabilidad práctica a los contenidos teóricos y que, finalmente, así sea internamente, los estudiantes salgan con el deseo de expresar un "gracias profesor".

Para Piaget, "la modalidad de exposición directa a las fuentes de estímulo es básica para el desarrollo de la inteligencia", por eso es conveniente que el profesor sea un permanente generador de estímulos, para que el sujeto codifique, almacene, recupere y combine la información suministrada, para obtener de ellos respuestas inteligentes.

Pero igual, el docente debe ser lo suficientemente inteligente para identificar los problemas y poder plantearlos a los estudiantes; para seleccionar los procesos a utilizar con miras a hacerlos comprender; para solucionar las formas útiles de representar la información; para seleccionar las estrategias más viables; para distribuir eficientemente el tiempo; para controlar el proceso y lograr sensibilidad para la retroalimentación en sus educandos.

Recordemos con Robert Sternberg que "la inteligencia es la capacidad para adaptarse al medio ambiente, y que cuando los valores y creencias de las personas no corresponden con los del ambiente, puede haber circunstancias en que no adaptarse es adaptarse y lo inteligente es cambiar de ambiente". Bajo esta concepción, el maestro no debe perder de vista que tiene un grupo de jóvenes provenientes de diferentes cunas, con diferencias culturales de muy variada índole, con creencias y costumbres diversas y, seguramente, con diferentes intereses y que, en consecuencia, no podemos lograr un ambiente que se acomode a todos esos mundos. No obstante, la inteligencia del maestro debe propiciar estímulos y ambientes que aglutinen a las mayorías, de manera que "el cambio de ambiente" sea para muy pocos.

¡ Maestro !, no olvides que cada estudiante es un mundo, y que en la medida en que logres penetrar en él con buenas obras, lograrás el agradecimiento eterno.

NOTAS

/* Contador Público–Especialista en Docencia Universitaria. Profesor Universidad de Nariño.

/** Esta y las demás citas han sido tomadas de las siguientes fuentes:

RIOS CABRERA, Pablo. La inteligencia y su desarrollo. Universidad Pedagógica Experimental Libertador.

DAVIDOV, Vasili. La enseñanza del escolar y el desarrollo psíquico. Editorial Progreso. Moscú 1998.

FLOREZ OCHOA, Rafael. Hacia una pedagogía del conocimiento. McGraw Hill. 1998.